

24

La Novela Americana Cinematografica



Núm. 7

30 cts.

Chicas de vanguardia

por
Sue Carol
y Nick Stuart

**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

Año I

Núm. 7

GIRLS GONE WILD

Chicas de vanguardia

Interesante comedia americana


Interpretada por
Sue Carol y Nick Stuart

Es una producción **FOX**

Distribuida por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280 BARCELONA

Postal-regalo: **WILLIAM HAINES**

Ediciones **BISTAGNE**
Paseo de la Paz, 10 bis. - Barcelona



Chicas de vanguardia

Argumento de la película

“Renovarse o morir”, este es el lema de las chicas modernistas norteamericanas y de un crecido número que no son americanas.

La máxima, aplicada en según qué casos, es de excelentes resultados; pero en lo que atañe a las costumbres, no puede tener peores efectos.

En efecto, la mujer que, siguiendo una corriente absurda de modernismo, renuncia a su encantadora feminidad, se transforma en una especie de bicho raro que es un tormento y para el que no hay domador.

Modelo de chicas modernas, o sea, de vanguardia, éralo Bárbara Holworthy, para la cual la existencia no era otra cosa que una carrera loca y desenfadada.

Para justificar lo de la carrera, volaba en su

flamante coche automóvil, tan envidiado como temido por cuantos tenían ocasión de verle.

En cuanto a la parte física de la niña, todos los elogios que se le hicieran resultarían pálidos, palidísimos ante la realidad. Bárbara era una monada, una barbaridad como hermosura.

Por tal razón, es decir, por esa razón y por la de su inquieto temperamento, tenía los pretendientes por docenas, pues los chicos modernos se enamoran de las Evas que son capaces de llevar, por ellos, los pantalones.

Y Bárbara había nacido para eso: para ponerse unos pantalones, muy atados a la cintura, varoniles.

¡Qué lástima!

¡Con lo monina que estaba con sus pantaloncitos que apenas le cubrían... nada!

Los agentes de policía encargados del tránsito rodado por las afueras de la ciudad e incluso los del interior de la misma, la conocían tanto, que podrían dar cuantos detalles se les pidiera de ella...

Indiscutiblemente, Bárbara era popular... y a causa de ello más de una vez recibió citaciones a la orden del día... que se convirtieron en multas más o menos crecidas.

Pero, seamos sinceros, no tenía ella toda la culpa, en sus diabluras; no, señores. La tenían sus padres, por consentir en todos los caprichos de la vanguardista, disculpando cuantas tontearías cometía.

Cierta mañana, yendo de paseo con uno de los

pretendientes más afortunados que tenía, sucedió que, habiendo puesto su automóvil a toda velocidad, asustando al conductor del coche que iba delante del suyo, hasta dejarle el paso libre, un agente de policía en motocicleta le gritó el alto; pero Bárbara se hizo el sueco y no varió la velocidad emprendida.

—Yo no me paro por él ni por el presidente de la República—dijo Bárbara a su acompañante, que estaba a su lado, como pasajero, pues ella guiaba el coche.

—El pobre hombre se va a dar la gran carrera persiguiéndote—dijo el pretendiente, apodado "El Bromista".

—Ya estoy acostumbrada, ¿comprendes?, y esto me divierte mucho.

Un poco después, el policía lograba ponerse al nivel del coche de la locuela, y ésta se vió obligada a detenerse para recibir el consabido sermón y la no menos consabida notita para que se personase en el Juzgado, donde el juez *la felicitaría efusivamente por su respeto a las ordenanzas municipales* acerca de la circulación de coches.

—¿Licencia para guiar?—preguntó el guardia, con cara de pocos amigos.

—Aquí está... digo... aquí no está... pero estaba... Bueno... me la dejé en casa...

—¿Cómo se llama?

—Es usted el único que no lo sabe, al parecer... Ponga usted Bárbara Holworthy... de los Holworthy... ¿Los conoce usted?

—Límtese a contestar, señorita...

—¡Uy, qué mal genio! ¡Y con lo que se parece usted a ese dios de la mitología griega que se llama... ¿Cómo se llama, "Bromista"?

—¿Te refieres a Apollinaris?

—Sí, ese... ¡Apolo!

Bárbara ponía a contribución toda su coquetería para hacer prevaricar al recto policía; pero éste no era de los que se dejaban sobornar, y repuso, gravemente:

—En el Juzgado nos veremos luego.

Pero no por eso se amilanó la terrible Bárbara. Sonrió, envolvió en una deliciosa mirada al policía, y le dijo:

—No se incomode si faltó a la cita... Papá se encarga siempre de arreglar mis citaciones por exceso de velocidad.

—Allá usted. Yo la esperaré en el Juzgado, y si usted no comparece, ya sabe a lo que se expone...

Tras esto, el policía se alejó, y un poco más allá encontró a un caballero que hinchaba un neumático de su coche. Al verle, el policía le saludó respetuosamente, como a un superior jerárquico. Y lo era el tal caballero, pues se trataba, nada menos, del juez del distrito.

El magistrado correspondió al saludo del policía y preguntó a éste:

—¿Le dió una citación a esa mujer?

—Ya lo creo, señor juez, y para su propio juzgado.

—Bien... Se la merecía... Me ha estado moles-

tando todo el camino, y si no se la pone usted, se la pongo yo.

—Le evité ese trabajo, señor juez.

—¡Duro con la loca juventud! Sino, no sé adónde iremos a parar todos.

En un hogar modesto, donde reinaba la paz y la honradez, un muchachote muy simpático se paseaba de largo en largo de una habitación, con un papel en una mano y haciendo ademanes con la otra, a medida que repetía, en voz alta, lo que iba leyendo.

El joven en cuestión era Bucky Brown; el ídolo de la única mujer de aquel hogar: su abuelita.

Deseoso de que se le quedase en el magín lo que había antes escrito en el papel, no se cansaba de repetir frase tras frase, hasta tener la seguridad de que ya las había retenido para cuando tuviese que dedicarlas a las personas para las que habían sido creadas.

—... y al aceptar esta beca, me siento profundamente... profundamente...

La abuela, que trajinaba en la cocina, le oyó, y, extrañada, entró en la habitación donde él estaba, y se detuvo a escucharle con atención; y al oír que repetía lo de "profundamente", dijo:

—Muy profundo debe ser eso, cuando no aciertas a salir del fondo.

Bucky la miró sonriente, y continuó paseándose y repitiendo el discurso.

—... profundamente emocionado... y sólo por vuestra generosidad me es permitido disfrutar de las ventajas...

Sus ademanes eran cada vez más exagerados, y como iba en calzoncillos, pues había mandado al sastre sus pantalones, para que les sacase una buena raya, la abuela se echó a reír, y reprochó a su nieto sus gestos:

—No hagas el payaso, Bucky. Si te mirases al espejo, te reirías como si fueras otro. Y para que veas cómo se ha de hablar en público, escucha a tu abuela.

Y la simpática anciana se apoderó del papel de Bucky y, paseándose como él por la estancia, se puso a recitar el discurso con entonación de consumada oradora.

—¡Vaya con la abuelita! ¡Pues no me está haciendo la competencia y me deja en pañales!

En aquellos momentos llegó a la casa el padre de Bucky, que no era otro que el agente de policía que había citado a Bárbara por exceso de velocidad.

Padre e hijo se llevaban muy bien. Parecían dos buenos amigos, más que padre e hijo; y con la abuelita, formaban el trío más feliz de este mundo.

Al ver a su hijo tratando de imitar a la abuelita, repitiendo de nuevo el discurso, el policía le preguntó:

—¿A qué viene tanta oratoria, hijo mío?

—¡Hola, padre! Estoy preparando el discurso de aceptación de la beca universitaria... por si me la dan...

—Eso es ser prevenido...

—El señor que da la beca celebra una fiesta esta tarde en su casa y he sido invitado. Y como ya empieza a ser hora de marcharme, voy a vestirme.

—¿Dónde están tus pantalones?

—Es verdad. Los tiene el sastre, y sabe Dios cuándo me los va a traer planchados.

—Ponte unos míos de montar en motocicleta.

—Estaría como para que me pegasen dos tiros.

Menos mal que en aquellos instantes presentóse una niñita, portadora de los pantalones, planchados, de Bucky.

Este se ocultó para que la criatura no le viese en paños menores, y requirió urgentemente sus pantalones, para poder marcharse sin más demora hacia la fiesta.

Un poco después, Bucky se disponía a partir... pero le faltaba lo principal: dinero.

El policía, bueno a carta cabal, comprendió la mueca de su hijo, que era su mayor orgullo, y le dió unos billetes, pero la abuela, mirando por la buena marcha de la casa, pues era una excelente administradora, puso el grito en el cielo al ver que el padre había dado a Bucky más de un billete.

—¡Pero, hombre de Dios, estás echando a per-

der al muchacho! ¡Cualquiera diría que somos millonarios!

Y exigió de Bucky que le diese a ella al menos la mitad de lo que le había entregado su padre.

El muchacho no tuvo más remedio que renunciar a un par de billetes, que se quedó la abuela, y el padre, como buen hijo, a su vez, no protestó contra la acción de la amada y viejecita madre.

Pero... ¡ay, abuelitas!... la protesta de la venerable señora era ficticia, pues que, al salir Bucky de la casa, le siguió hasta la puerta y le devolvió los dos billetes que le quitara un poco antes.

Esto lo vió el padre, y como éste, al considerar que lo que se le había quedado al chico la abuela le haría falta, le volvió a dar dos billetes, para compensar la *sustracción* de la administradora del hogar, protestó a su vez, pero a la callada, dirigiéndose únicamente a su hijo, a quien hacía seña de que le devolviese los dos billetes entregados por él últimamente, ya que la abuelita le había devuelto los dos que se le había quedado. Pero Bucky, haciéndose el tonto, se quedó con los dos billetes de la abuela y los dos de su padre.

En casa de los padres de Bárbara reinaba la alegría. Los salones estaban llenos de juventud afanosa de divertirse y muchas parejas bendecían la ocasión de volverse a ver para continuar el idilio empezado en una fiesta anterior, allí o en otro sitio.

Bucky saludó cariñosamente a Bárbara, a la que amaba con toda su alma y con la fuerza del primer amor, lleno de fe en que llegaría a hacerla su esposa.

Bárbara sentía por Bucky un gran cariño, pero, chiquilla frívola, no se detenía a pensar que sólo a su lado sería dichosa. Necesitaba estar en todas partes, moverse, agitarse, vivir, como si la felicidad se hallase un poco en cada fiesta.

Bárbara y Bucky se habían conocido en el colegio y muchos días habían ido a paseo juntos, llegando a compenetrarse tanto, que se buscaban a la salida de la clase, necesitándose mutuamente, Bucky a ella para toda la vida, Bárbara a Bucky para aquel momento; pero algo era algo, y Bucky estaba orgulloso de merecer tan extraordinaria atención de la caprichosita adorable.

Bucky no había ido nunca a casa de Bárbara, por lo que sus padres no le conocían, al menos personalmente, ya que de nombre, sin duda, le conocían, por haberles hablado de él Bárbara.

Por eso, al verle llegar, Bárbara, separándo-

se de los demás muchachos, y del "Bromista" en particular, apoderóse de Bucky y fué a presentarlo a sus padres.

El señor Holworthy recordó haber oído el nombre de Bucky, y dijo a Bárbara:

—¿Es el joven a quien estamos pensando dar la beca universitaria?

—Sí, papá. Y se la darás, ¿verdad? ¡No sabes cuánto te lo voy a agradecer!

Bárbara era sincera. Deseaba ardientemente que Bucky fuese premiado con la beca, y besaba a su padre para arrancarle la seguridad de que se la daría a él.

—¡Pero, niña, me estás sobornando!

—Di que sí, papá, y no te soborno más.

El señor Holworthy echóse a reír, y como, al fin y al cabo, a él le daba lo mismo entregar la beca a Perico que a Perica, prometió ofrecérsela a Bucky.

Empezó el baile. Las parejas se "ataron" y marcáronse los más absurdos pasos de charleston, la danza endemoniada.

Bucky era torpe en esta materia, y a pesar de que Bárbara podía poner cátedra de bailadora, no conseguía dar un paso con ella sin pisarla, porque era incapaz de hacer las filigranas a que todos se entregaban con fiebre de superación.

Bárbara, por el deseo de darle lecciones y, además, por el de estar a solas con él, que se le mostraba muy apasionado aquella tarde, se lo llevó del salón de baile hacia otra habitación, diciéndole, sonriéndole con sus ojos divinos:

—Ven, necesitas lecciones privadas.

Bucky, que no cabía en sí de contento, porque nadie, ni "El Bromista", había logrado bailar con ella, la siguió, y sorprendieron a una pareja, cuyo caballero era el propio "Bromista", besándose en la habitación donde ellos iban en busca de la misma soledad.

Ni que decir tiene que "El Bromista" no se alegró de haber sido descubierto por Bárbara besándose con otra muchacha, ni que a ésta le gustó que la viesan pegadita con los labios al "Bromista", por muy buen mozo que éste fuese. Y en un santiamén desaparecieron de la vista de Bárbara y Bucky, quienes se miraron a los ojos, como si, de repente, les entrase el ansia de imitar a los fugitivos en lo de las caricias...

Ya en la habitación, sin testigos, Bárbara se puso a bailar un movido charlestón, "desarticulándose" con más brío que la propia creadora del baile infernal, apocalíptico.

Bucky la contemplaba atónito, no pudiendo explicarse cómo era posible que Bárbara se contorsionase tanto sin "deshuesarse". ¡Jesús, qué movimiento! ¡La niña mareaba!

—Pero, ¿no te da un síncope de vez en cuando? —le preguntó.

Y ella, por toda respuesta, le dijo, bailando más y mejor:

—Escucha, niño... El secreto... del movimiento continuo... lo tengo encerrado... en las rodillas.

Bucky sonreía. El charlestón podía no gustarle, pero lo que es los encantos que, bailándolo,

le mostraba Bárbara, ya lo creo que le gustaban. ¡Qué cosa más divina!

El ambiente se llenaba de voluptuosidad... y cuando Bárbara terminó las lecciones, es decir, la exhibición de charlestón por todo lo alto, Bucky, dando rienda suelta a su gran pasión, la recibió en sus brazos, y ella, que no se asustaba, y mucho menos tratándose de Bucky, que era, por decirlo así, su novio, se dejó abrazar... y hasta abrazóle.

Esta y la anterior escenas tuvieron un testigo, sin que ellos se dieran cuenta. Era un hombre relativamente joven contando por años, pero viejo en vivir.

Al contemplar a Bárbara bailando tan maravillosamente el charlestón, detúvose tras de la puerta de vidrieras, que de otro modo hubiese franqueado, y no se movió de allí, ni hizo el menor movimiento, hasta que, al considerár, por lo cariñosos que se ponían, que los dos enamorados no se alejarían de aquella habitación en toda la tarde, se decidió a presentarse ante ellos.

Bárbara, que se había sentado sobre las rodillas de Bucky, no se inmutó al ver al intruso. Sería un invitado más, que en lugar de entrar por la puerta principal, lo hacía por la del jardín, al que daba la habitación donde ella estaba con Bucky.

Este, por su parte, miró con reproche al recién llegado, no comprendiendo cómo se había atrevido a penetrar en aquella habitación hallán-

dose ellos en ella... en coloquio amoroso, precisamente.

¿Por qué se había permitido aquel hombre entrar por una puerta que no estaba destinada al primero que se le antojase utilizarla?



...se dejó abrazar...

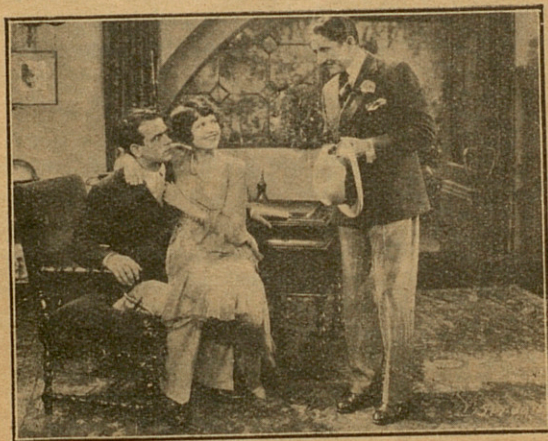
El desconocido para ellos no lo era para todos los de aquella casa, pues el padre de Bárbara sabía perfectamente quién era.

Bucky, que de buena gana hubiera asestado

un puñetazo al intruso, no pudo menos de preguntarle, con cierta violencia:

—¿Qué desea usted?

El desconocido, no cesando de sonreír, con una sonrisa un tanto cínica y muy burlona, a la



—¿Qué desea usted?

vez, repuso, dirigiéndose a Bárbara, que le gustaba extraordinariamente:

—Deseo ver al señor Holworthy... Dígale que aquí está un *tratante en botellas*.

Bárbara iba a complacer a aquel hombre, pero Bucky se prestó él mismo a ir a avisar al señor Holworthy, y, al salir, indicó al recién lle-

gado que se sentase, y miró a Bárbara, indicándole que le siguiese.

Pero Bárbara, no comprendiendo lo que Bucky le decía, se quedó con el desconocido, en espera de que llegase su padre.

El intruso aprovechó la ocasión para hablar con Bárbara, halagándola con palabras que se sabía de memoria, por haberlas empleado millares de veces.

—Baila usted muy bien, señorita...

—¡Cómo! ¿Me vió usted?

—Sí... y lo celebro más de lo que pueda usted figurarse, porque baila usted maravillosamente.

—¿Tanto?

—Le aseguro que me quedo corto. ¡Cuántas mujeres la envidiarían a usted, viéndola bailar, por su estilo y su belleza!

—Exagera usted, caballero...

—Sé lo que es bailar... Yo también bailo, y puedo afirmarle, sin temor a equivocarme, que no hay en Nueva York otra bailarina como usted.

—¡Yo no soy bailarina!

—Pero baila, que viene a ser lo mismo, aunque no en un teatro, donde podría actuar como primerísima figura.

—Afortunadamente, no necesito del baile para ganarme la vida... ni de nada. Papá es muy rico.

—¿Es usted, acaso, la hija de Tomás Holworthy?

—La misma. ¿Y usted?

—Yo soy un amigo de su papá.

—¿Por qué no se hizo usted anunciar por su nombre?

—Así daré a su padre una sorpresa mayor. Y ahora que nos conocemos, ¿quiere usted que la enseñe unos cuantos pasos de charleston, nuevos, recién llegados de los Trópicos?

—¿En tranvía?

—No; a lomos de una paloma.

—Serán muy ligeritos...

—Usted verá...

Bárbara se abandonó en los brazos del *amigo* de su padre, y bailaron, comprobando Bárbara que el caballero bailaba muy bien, y éste, que la niña era un caramelo de los de precio.

Después de bailar, el "amigo" entregó a Bárbara una invitación para una fiesta, que decía así:

Sociedad de Amigos de Al. Williams

Baile Callejero

Esta noche

Tercer Distrito

—¡Ah! ¡Un baile callejero! ¡Muy interesante! —exclamó Bárbara.

—Sí, ¿verdad?... ¿Por qué no viene usted? Yo... soy Williams, y de seguro ganaría usted una copa...

—Gracias... pero no me atrevo... Yo no acostumbro ir a esas fiestas...

—No tiene por qué temer... Yo mando en el Tercer Distrito...

—Es que... mi padre...

—Se divertirá usted, créame... Y bailaremos juntos... mucho y mejor que nadie...

—No sé...

—Piénselo bien... y la esperaré con impaciencia toda la noche...

El señor Holworthy se presentó de improviso en la habitación donde se hallaba su hija con Williams, y al ver a éste se indignó, disimulando su cólera delante de Bárbara, a quien dijo:

—Haz el favor de retirarte, hija mía... Vuelve al lado de tus invitados.

Bárbara obedeció, y al ir a salir de la habitación, topóse con Bucky, con el que se alejó a otra, para continuar hablando a solas.

El señor Holworthy, para quien resultaba muy desagradable la visita de Williams, reprochó a éste, con extremada dureza, su visita.

—¿Por qué le encontré hablando con mi hija, y por qué vino usted aquí? ¿No sabe que...?

—Calma, amigo, calma... Encontré a esa niña aquí, y, por galantería, le dije cuatro cosas agradables... Pero lo que más interesa es hacer negocio con usted, amigo, que ya nos conocemos, ¿no?

—¡Yo no tengo tratos con gente como usted! ¡Lárguese! ¡Pronto!

Y, brutalmente, el señor Holworthy empujó a Williams hacia el jardín. Luego llamó a un criado y ordenóle:

—Eche a este hombre a la calle... y su licor de contrabando también.

El fámulo iba a cumplir la orden, pero Wi-

lliams, encarándose con Holworthy, le dijo, envolviéndole en una mirada de odio: ,

—No le dé tan fuerte... Yo lo vendo... usted lo compra... ¿Qué diferencia hay?

—¡Miserable! ¡Granuja! ¡Fuera de mi casa!

—Bien, hombre, bien. Es usted muy amable, pero sabré corresponder a su amabilidad... y cada vez que me dé la gana de invitar a su hija a una fiesta, lo haré, prescindiendo de si le gusta a usted o no, ¿estamos?

Sulfurado, el señor Holworthy dió un formidable empujón a Williams, quien cayó al suelo; y al incorporarse, el contrabandista de licores, amenazando con el puño cerrado al padre de Bárbara, clamó:

—¡Juro que me las pagará, Holworthy!

—¡Canalla! ¡Que no vuelva a verle a usted más por aquí!

Williams subió a su coche, después de haberse asegurado de que la caja secreta que contenía bebidas alcohólicas estaba perfectamente cerrada, y se alejó de allí, mascullando maldiciones contra Holworthy, sediento de vengarse de él.

El señor Holworthy quedó meditando. La visita de Williams era de mal agüero. ¿Qué se proponía aquel canalla? ¿Comprometerle? ¿Revelar su negocio de compra de licores, que revendía a buenos precios?

Sin vacilar, telefoneó al jefe de los traficantes que se encargaban de alimentar su negocio, guardándole a él las espaldas.

—¿Eres Smith?

—Sí, Tomás Holworthy, te reconozco. ¿Qué ocurre?

—Williams acaba de marcharse de mi casa, expulsado violentamente por mí. Quería venderme licores y los traía en su coche. Sospecho que quiere perjudicarme.

—Ese hombre se está poniendo terco y va a ser preciso escarmentarlo.

—Le considero peligroso, pues llegó a amenazarme de un modo que me inspira inquietud, porque sé que tiene malas entrañas.

—¡Maldita sea! ¿Te amenazó, dices?... Bien... No te apures, Tomás, yo me ocuparé de que no te moleste más.

—Gracias...

—Adiós... Ya te contaré luego...

El señor Holworthy colgó el aparato, y Smith, su "socio", telefoneó a su vez a otro "socio", diciéndole lo que había ocurrido entre Williams y Holworthy.

—Ya me está mareando ese tipo y va a ser preciso acabar con él—contestó el otro "socio".

Y quedaron en reunirse más tarde para buscar la fórmula de eliminar a Williams.

Ajenos a los negocios peligrosos a que se libraba el señor Holworthy, Bárbara y Bucky hablaban de sus cosillas, esas cosillas que son fundamento de las mayores.

—¿Qué te ha estado diciendo ese tipo, Bárbara?

—¡No te lo puedes imaginar! Si te lo dijese, tendrías celos, y no quiero...

—Habla, mujer... Me parece que ese hombre es de los que saben adular, porque son falsos...

—¿Suelen ser falsos los hombres que adulan, Bucky?

—Los que adulan demasiado, sí.

—No me dijo nada malo, la verdad, sino que bailaba muy bien, que era muy bonita...

—¡Que eres muy bonita! ¿Y eso está bien dicho?

—¿No me lo has repetido tú varias veces?

—Yo te lo puedo decir tantas veces como quiera, pero ese estúpido, no. ¿Con qué derecho puede decírtelo, vamos a ver?

—No te pongas así, Bucky. ¡Si la cosa no tiene importancia! Si soy bonita, lo mismo lo soy para él como para ti.

—¡No es cierto! Para mí eres más bonita que para él y que para el mundo entero!

—¡Chico, estás inspirado!

—No debes hacer caso de hombres como ese...

—Pues se ha mostrado muy cariñoso... No parece malo, ni mucho menos... Además, es amigo de papá...

—No me gusta que te guste el primero que te dice que bailas bien y que eres bonita...

—Eso lo dicen todos los hombres, por decir algo, celoso. ¡Ah! Se me olvidaba... Me dió una invitación para un baile callejero de esta noche,

en su barrio. Voy a ir. Será una sensación nueva. Tú me acompañarás, ¿verdad?

—¡Un baile callejero! No, Bárbara, yo no te llevo a esos sitios.

—Pues iré, quieras o no. ¡Nadie manda en mí! ¡Soy libre de hacer lo que quiera!

—Bárbara, pequeña... me gustas más cuando no te pones así.

—¡Me pongo como quiero! ¡Y basta! Si tú no me acompañas al baile, "El Bromista" me acompañará.

—¡No! Eso, no. Con "El Bromista" no quiero que vayas a ninguna parte.

—¿Aceptas, pues?

—Aunque quieras ir al infierno, que sería gloria, yendo contigo.

—Así me gustas, Bucky. ¡Eres ideal!

Y le abrazó, agradecida.

Pero no sabía que Bucky hacía un gran sacrificio con la sola idea de evitar que "El Bromista" acompañase a su amada a la fiesta.

Pero he aquí que, en el momento álgido de la fiesta en casa de los Holworthy, se presentó el padre de Bucky, vestido de policía, procedente del Juzgado, para reclamar a Bárbara, por no haber comparecido ante el juez, conforme se le indicaba en la citación que él le entregara.

Al llegar, el policía sorprendió a las parejas divirtiéndose de un modo nada digno, pues las muchachas estaban subidas a la espalda de los muchachos, como si éstos fuesen caballos y ellas jinetes. Las piernas de las nenas estaban al des-

cubierto, más allá de prudenciales límites, y los "nenas" sentían el contacto y la tentación de la sedosa piel de las "nenas"... Nada, algo así como el retroceso a los tiempos de las orgías y de "¡Viva la Pepa!"



...en el momento álgido de la fiesta...

Abriéndose paso, el policía preguntó por los dueños de la casa, y dijo:

—Tengo orden de detener a Bárbara Holworthy.

Esta le vió y corrió a saludarle, sin acordarse de que debía hallarse a aquella hora en el Juzgado y no en la fiesta.

—¡Hola, Apolo!—le dijo—. ¿Cómo usted por aquí?

Pero, recordando, de súbito, añadió:

—¡Ah! ¡Es verdad! Siento no haber podido acudir a la cita con el juez.

Muy serio, muy digno, el policía dijo a la rebelde:

—Póngase el sombrero y el abrigo.

—¡Quiá! No, señor. Papá no me permite salir con vigilantes desconocidos.

—Le he dicho que se ponga el sombrero y el abrigo.

Bucky no había visto aún a su padre, pues se quedó con unos amigos en otra habitación cuando Bárbara se alejó al ver llegar al policía.

Ahora, al verle, se le acercó, extrañado de que estuviese allí, y enterado de lo que ocurría, le suplicó, angustiado, comprendiendo el conflicto que planteaba la actitud del policía:

—Papa, por favor, ¿no puedes arreglar esto? Son amigos míos...

“El Bromista”, que oyó esto, hizo correr la noticia:

—¿Qué os parece? Su viejo no es más que un simple policía.

Y todos, gente orgullosa, gente moderna, contemplaron a padre e hijo con hostilidad.

Un invitado se acercó al policía y le murmuró, para sobornarlo:

—El señor Holworthy, padre de la señorita que usted ha denunciado, es el que va a dar la

beca... Su hijo es el indicado... y es una lástima hacérsela perder.

Pero el policía no oía otra razón que la que le dictaba el deber, y, dirigiéndose al señor Holworthy, quien confiaba que cedería al enterarse de lo de la beca, le dijo, sin admitir réplica:

—Dígale a su hija que se ponga el sombrero y el abrigo.

Entonces, el señor Holworthy, que tenía mucho que callar, osó decir al policía:

—¿Hasta cuándo piensa usted seguir molestando a los ciudadanos influyentes?

Y se oyó esta magnífica respuesta:

—Hasta que los ciudadanos influyentes no se consideren superiores a la ley.

Bucky callaba. Conocía a su padre. Había intentado que hiciera algo en favor de Bárbara, pero, en vista de su rotunda negativa, no insistió, porque le conocía y le admiraba más que a nada en el mundo, por el alto sentido que tenía del honor.

Bárbara tuvo, pues, que vestirse, y únicamente cuando estaba a punto de llevársela su padre, atrevióse Bucky a porfiar en su empeño de que echase tierra sobre el asunto. Pero fué inútil. Y Bárbara, para no aparecer medrosa ante sus amistades, se despidió de todos, gritando, como si fuera a una verbena:

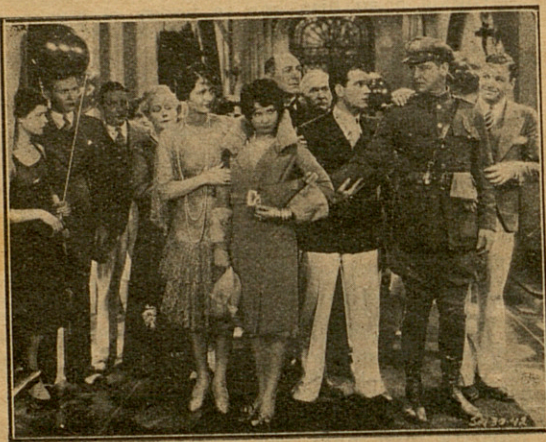
—¡Adiós! ¡Nos veremos en la cárcel!

El señor Holworthy acompañó a su hija, y Bucky quedó, amargado, en casa de Bárbara, pero la madre, no perdonándole lo hecho por el

padre, dijo al criado que iba a cerrar la puerta:

—Espere, Bernardo... Un joven se quiere marchar.

Y Bucky salió de casa de Bárbara, de donde se le echaba, para no admitirlo jamás.



Pero fué inútil.

“El Bromista” se reía. ¡Ahí era nada haber suprimido de un tiro certero un rival y logrado la esperanza de que Bárbara le hiciese caso, teniendo el “Libre” levantado!

Bárbara fué condenada a diez días de prisión o al pago de cien dólares. Naturalmente, el padre abonó la multa y la chiquilla fué puesta en libertad.

Bucky esperaba el fallo en el pasillo, y al ver salir de la sala a Bárbara, se le acercó, deseoso de suplicarle perdón para su padre, quien no había hecho más que cumplir con su deber.

Pero Bárbara, odiando al padre, despreció al hijo, diciéndole:

—De ahora en adelante me verás con “El Bromista”. A ti no quiero verte más.

Bucky quedó apenado junto a su padre, y éste, dándole amistosamente unos golpecitos en el hombro, le dijo:

—Muchacho mío, supongo que tengo la culpa de que hayas perdido la beca...

—Sí, padre... y no solamente eso, sino mi novia, y ella es lo único que me interesa... ¡Mi vida está arruinada, padre!

—No te apures, hijo mío... Ha sido la fatalidad... El deber, antes que nada. ¿No es cierto? Tienes que aprender a hacer frente a las vicisitudes de la existencia.

Aquella noche, Bárbara fué con “El Bromista” a la fiesta callejera, correspondiendo a la invitación de Williams.

La calle estaba muy animada y, a decir verdad, Williams no se acordaba ya de Bárbara; pero, al verla, celebró que hubiese ido, viendo en ella el medio de salvarse de una amenaza que había recibido aquella tarde de uno de los "socios" del señor Holworthy; y como "El Bromista" le estorbaba, ordenó a sus cómplices que lo eliminasen de la fiesta, mandándolo lejos, bajo la amenaza de que si se presentaba en aquella calle le darían una buena zurra.

Al poco, y mientras Bucky, acicateado por su abuela, que le había dicho que el hombre que ama y sabe que es amado debe saber defender su amor, se dirigía en su busca, hacia la fiesta, donde sabía que ella había ido con "El Bromista", los "socios" de la pandilla de los amigos del señor Holworthy se presentaban en el barrio en fiesta de Williams; y éste, al verles, tembló de pies a cabeza, considerándose perdido.

En efecto, un poco después, uno de los "socios", calculando bien la distancia y el tiro, mataba a Williams.

Se armó una gran confusión en la calle, y Bárbara, enloquecida, gritaba el nombre de Bucky, el primero que acudió a su mente en tan terrible trance. Y Bucky, que andaba cerca de la fiesta, la vio, apoderóse de ella y la metió en el coche de ella misma; y se disponía a partir de allí a toda velocidad, para huir del peligro, cuando los criminales que habían dado muerte a Williams subieron al auto y, bajo amenaza mortal,

obligaron a Bucky a que guiase, siguiendo la dirección que ellos le indicarían.

Cuando se hallaron en plena carretera, los bribones arrojaron del auto a Bucky y uno de ellos guió, llevándose a Bárbara.

Esta, amedrentada, temiendo lo peor en compañía de aquellos hombres, fué tirando sobre el camino cuantos objetos pudo, para indicar a Bucky la ruta que seguía el coche.

Y Bucky fué siguiendo la huella marcada por Bárbara y, de pronto, vio a pocos pasos de él un policía herido y a su lado la motocicleta de servicio.

Acercóse y vio, horrorizado, que era su padre.

—¡Tú, padre mío!

—¿Qué haces aquí?—preguntóle el herido—. ¿Ibas en ese coche?

—¡Oh, padre! ¿Te han herido aquellos miserables?

—Sí; pero tú, ¿qué hacías en ese coche?

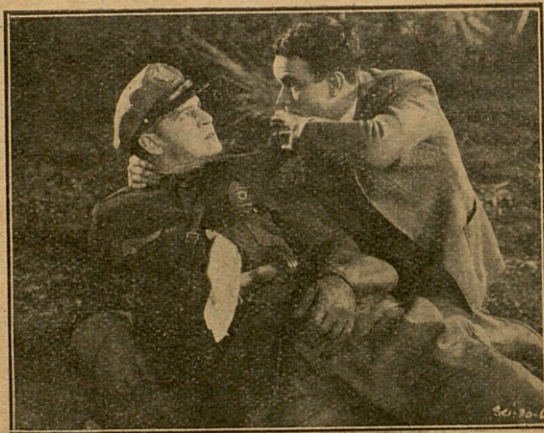
—Luego te explicaré, padre. Ahora...

—Toma, muchacho, mi revólver y mi chapa de policía y cumple con tu deber, como si fueras yo mismo. Usa mi motocicleta.

Bucky no se hizo repetir el consejo y voló hacia el lugar donde se había detenido el coche en que huyeran los bandidos.

Estos habían agotado las fuerzas de Bárbara, obligándola a bailar con ellos, sin parar, para recibir, el que la rindiese, un premio... consistiendo el mismo, según ellos, en hacer con la adorable muchacha lo que les viniese en gana.

Bárbara se hartó, así, tal como suena, de bailes y más bailes, y, al fin, cayó rendida, y el ganador reclamaba el premio convenido; pero el jefe de la pandilla no cumplió su palabra, arrebatándole a la fuerza, matándole de un tiro, a la hermosa criatura.



...y vió, horrorizado, que era su padre.

Bucky impidió, con su oportuna llegada, que el miserable abusase de Bárbara; pero, a pesar de su valentía, hubiese mordido también el polvo para siempre de no acudir en su ayuda varios agentes de policía, avisados urgentemente por el padre de Bucky, que había sido trasladado al hospital.

Y los miserables fueron detenidos, y Bárbara regresó a su casa sana y salva, gracias al valor de Bucky, que arriesgó su vida por ella.

Al día siguiente, Bucky hallábase en el hospital conversando con su admirado padre, cuando llegó Bárbara, quien suplicó al herido perdón y ternura, y prometió a Bucky que, al fin, había visto claramente que la felicidad se halla en un solo sitio y no en varios, y que ese sitio único era su corazón.

—¿De veras, Bárbara? ¿Y tus padres?

—Ya viste ayer cómo te recibieron. Lo han olvidado todo y desean pedirle perdón a tu padre por la forma en que lo trataron. Además, mi padre quiere retirarse de los negocios y nos cede su casa para marcharse él con mamá a su casa de campo. ¡Si vieras qué susto ha pasado!

Y allí mismo, delante del buen policía, Bárbara y Bucky se besaron; pero su beso fué tan largo, que el enfermo tuvo que toser para que los "nenes" se despegasen.

F I N

Muy en breve

en las selectas

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

EL DESPERTAR

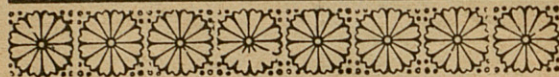
por VILMA BANKY

PIDA EN CUALQUIER QUIOSCO:

Plastic Films

Beldades de la pantalla en «poses» de arte
CADA FOTOGRAFIA, UN CUADRO

Precio: 1 PESETA



Le interesa **La Novela de la Modistilla**
30 cts.

NO SE OLVIDE DE

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas



EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Ha sido revisado por la Censura